

Vicente Valero
EL TIEMPO DE LOS LIRIOS

EDITORIAL PERIFÉRICA

¿A qué vienes, amigo?

MATEO 26:50

28 de marzo

A mediodía, por la carretera que une Siena con Perugia, la Toscana con la Umbría, y luego continúa por el valle de Espoleto, llegamos hasta la ciudad de Asís. Sol de primavera, con nubes intermitentes, y una brisa cálida que ha venido acompañándonos desde San Gimignano, un pueblo en verdad inverosímil *se mire por donde se mire*. Dejamos el coche en el aparcamiento, extramuros, y subimos hasta el hotel Umbra, que está situado en un lugar inmejorable, o eso parece a primera vista, en la plaza principal o piazza del Comune, aunque un poco apartado también, escondido en un pasaje empedrado desde el que se desciende hacia otras callejuelas medievales. Se halla, pues, alejado del bullicio de la plaza, que es centro de la ciudad y punto amable de todos los encuentros. Es un hotel sencillo y anticuado, muy limpio y silencioso: nos encanta. Por la ventana de la habitación, que se abre hacia el sur, puedo contemplar, *allá abajo*, entre viejos tejados y cipreses, el gran valle, descubierta y libre. Se oyen mirlos y gorriones, maullidos. Ya cuando subíamos

hacia el hotel, arrastrando las maletas por la empinada calle, hemos reconocido al pasar por delante, en primer lugar, la basílica gótica de Santa Clara y, algunos metros después, ya en la misma piazza del Comune, el llamado templo de Minerva, levantado en la época de Augusto. La ciudad está hoy muy tranquila, se diría que descansa: la Semana Santa ya ha terminado y en estos días hay muchos menos peregrinos y turistas. En esta gran plaza rectangular, antiguo foro romano –en el subsuelo se exhiben, al parecer, valiosas piezas del Imperio–, junto a la célebre fuente de los tres leones, pero también en la escalinata del templo, entre sus seis formidables columnas corintias, hay todavía un par de grupos rezagados de escolares irlandeses. Igualmente, algunas furgonetas blancas descargan a esta hora en este mismo lugar, donde por supuesto hay bares y heladerías, además de dos o tres palacios y un imponente campanario del siglo XIII. De acuerdo, queríamos conocer Asís y ya hemos llegado.

Y, si yo ahora escribiera, por ejemplo, que se percibe cierto espíritu franciscano en el paisaje y en los edificios –casas y templos–, en las colinas y en las aldeas, en los exteriores y en los interiores, como un olor casi visible o un color aromático, entre el verdegrís de los prados y el marrón arcilloso de los pueblos, se me podría decir con razón que estoy presentando el primero y más fácil de los tópicos de la Umbría. Ahora bien, al llegar conduciendo a

esta región del centro de Italia desde la Toscana, es decir, al poder comparar ambas regiones, *descendiendo* de una a la otra, pudiendo ver con claridad las diferencias, resulta inevitable reconocer que el paisaje de la Umbría es mucho más austero, está más discretamente ligado a este mundo. Se podría decir entonces que su sobriedad natural y arquitectónica, con un colorido menos brillante en general, con mucho menos mármol y más ladrillo viejo, poco tiene que ver con aquel preciosismo toscano que tanto nos ha deslumbrado siempre. No hay en la Umbría una Florencia. Y el lugar de Leonardo, Botticelli o la familia Médici lo ocupa aquí la enjuta figura de Francisco de Asís, un santo que amaba la pobreza y desconfiaba de los libros. Podría decirse que el destino de la Umbría se escribió repentinamente a principios del siglo XIII con el nacimiento de la orden franciscana y que, desde entonces, no se ha podido o no se ha pretendido cambiar: al menos esto es lo que se percibe en todos los lugares. Por lo demás, es muy difícil encontrar, y no sólo en Italia, una región entera que haya permanecido tan fielmente determinada por un solo personaje histórico, ligada a él de una forma tan poderosa; por esta razón, no parece posible escribir un libro sobre la Umbría que a su vez no lo sea sobre san Francisco de Asís y la Orden que, casi sin proponérselo, acabó fundando. Paisajes, ciudades, caminos, iglesias, arte: todo conserva su vínculo con aquella figura lejana pero admirada, como una red que la devoción

popular, y ahora también el turismo, ha conseguido extender por toda la comarca.

La actividad pública de san Francisco, desde aquel célebre momento en que decidió desnudarse y devolver sus ropas a su airado padre –para así desvincularse definitivamente de la familia–, en la plaza de la Catedral y en presencia del obispo y de algunos vecinos –en una pintoresca escena muy representada por los artistas y aplaudida por los espíritus rebeldes de todos los tiempos–, hasta su muerte en 1226, no superó los veinte años, pero estamos hablando de dos décadas muy productivas que dejaron un legado original y carismático. Es cierto que a Jesucristo le bastaron tres años de actividad pública para proporcionar un legado histórico aún más impresionante y duradero. A Buda, casi cuarenta años. A Mahoma, una veintena. La duración del relámpago puede variar, pero no deja de ser un relámpago en el cielo monótono de las religiones. Y, en estos y en otros muchos casos, también es cierto, sin la determinación y la perseverancia de los discípulos apenas se habría conocido la magnitud de la tormenta.

A propósito de los discípulos de san Francisco, por cierto, habría mucho que decir y seguramente ya se haya dicho todo, pues casi desde los orígenes aquéllos fueron muchísimos, aunque también muy pronto mal avenidos, desbordando por completo las intenciones del propio maestro. Y, aun así, aquel malavenimiento

no hizo más que dispersar con mayor vehemencia las ideas encontradas, lo que provocó en aquella sociedad urbana protocapitalista, en las cortes de los reyes y en la misma Iglesia, una reflexión casi permanente sobre la más importante de las obsesiones de este santo y causa principal de la disensión: la pobreza voluntaria. Cuando nos asomamos a sus primeras y muy tempranas biografías, comprobamos que las ambiciones iniciales de aquel joven, ya transformado en otro muy diferente, acaso un poco perturbado por razones que desconocemos, no eran otras que las de ser pobre y dedicarse a reconstruir iglesias abandonadas. El primer Francisco es un solitario picapedrero que ha renunciado a su familia y a la sociedad para poder llevar una vida contemplativa y de penitencia. Levantar muros de piedra derribados de las pequeñas iglesias de San Damián, San Pedro y la Porciúncula, todas ellas situadas extramuros, así como consolar a los leprosos que deambulaban por el valle de Espoleto, fueron sus actividades principales durante al menos tres años. Nadie podía imaginar entonces, ni siquiera él mismo, que iba a convertirse en predicador, hacedor de milagros, curandero y fundador de una orden.

Hay un episodio significativo en su vida, contado por su primer biógrafo, Tomás de Celano, que guarda relación con estos inicios. Cuando todavía no se había decidido del todo a cambiar, a convertirse en otro, Francisco peregrina a Roma por primera vez

y allí tiene una ocurrencia asombrosa que también le servirá de ensayo: un buen día, decide intercambiar sus ricas vestiduras de joven adinerado por los harapos de un pobre con quien se cruza por una calle para poder unirse así a otros mendigos que se encuentran en la plaza de San Pedro pidiendo limosna. Parece que la experiencia le satisfizo, aprendió de ella. Y, si no se quedó en aquel lugar, de aquel modo y por más tiempo, escribe Tomás de Celano, fue por miedo a que algunos conocidos –supongo que otros vecinos de Asís, tal vez se trataba de una especie de excursión parroquial– que pudieran pasar por aquella misma plaza lo descubrieran... (Como buen burgués, aún le importaba el qué dirán.) La anécdota es bastante cómica y yo me la creo. También la cuenta Santiago de la Vorágine en *La leyenda dorada*. Tanto en las dos biografías de Tomás de Celano como en las *Floreциllas* –las populares *Fioretti*, así llamadas por tratarse de lo que en nuestra lengua denominamos florilegio, es decir, un conjunto variado de historias de diversa procedencia o autoría reunidas en un solo libro–, aunque también en la anónima *Leyenda de los tres compañeros*, e incluso en la biografía *oficial* que escribió san Buenaventura, siendo ya ministro de la Orden, a mediados del siglo XIII, hay innumerables episodios llenos de comicidad. Y lo cierto es que, cuanto más cómicos son, más verídicos resultan, ya que de esta manera configuran un personaje muy singular, «simple e iletrado» –en palabras del desconocido autor de la *Leyenda de los*

tres compañeros—, un poco distraído, marginal, astuto cuando necesita serlo, auténtico a más no poder, siempre a medio camino entre la sabiduría y la chifladura, y el primero de una saga literaria que llegaría hasta los personajes de Hoffmann, Eichendorff, Walser, Kafka o incluso Chaplin. Una saga de inadaptados que, sin embargo, hunde sus raíces en la literatura cristiana primitiva, en aquellos personajes excéntricos y sorprendentes que fueron los padres del desierto, cuyas hagiografías las escribieron personajes no menos excéntricos y sorprendentes, emuladores de aquéllos, como Juan Casiano, Leoncio de Neápolis o Juan Mosco. En fin, leer las *Flore-cillas* es una gran experiencia, porque nos recuerda hasta qué punto la mirada desnuda del simple es la única apta para acoger sin aspavientos ni complicaciones la pureza máxima de la creación. Su personaje principal posee la capacidad innata de «sorprender al mundo con lo inesperado», en palabras de G. K. Chesterton, autor de una estupenda y amena biografía del santo (*San Francisco de Asís*, 1923). Sin la lectura de las *Flore-cillas*, además, la Umbría se entendería menos o peor, porque apenas hay ciudad o pueblo de esta región por donde san Francisco no haya pasado y dejado alguna anécdota asombrosa. Se me ocurre también que, como Alonso Quijano se transformará en caballero andante después de leer tantos libros de caballería, el joven Francisco acabó transformándose en Cristo, en otro Cristo, tras leer una y otra vez los Evangelios (y no parece que

leyera nunca ningún otro libro). De este modo, al poco tiempo de empezar sus aventuras, cuando cambia la albañilería por el vagabundeo y la predicación, ya se le empieza a conocer como *alter Christus*, y no serán pocos los que también se burlen de él por este motivo en todas partes. Y es que la misión que se impuso consistía efectivamente en imitar la perfección de Jesús: «Seguir desnudo a Cristo desnudo»; en verdad, nada nuevo en la tradición católica, bien poblada de figuras con idénticas expectativas, pero con un carisma y una gracia especiales, diferentes. Y, si el protagonista de las *Floreccillas* –obra escrita originalmente en latín a principios del siglo XIV, titulada *Actus beati Francisci et sociorum eius*, cuyo compilador fue un tal Ugolino de Montegio, fraile de la región de la marca de Ancona– no hubiera existido de verdad, es decir, si hubiera sido un personaje completamente inventado, creo que hoy se hablaría de este libro de otra manera, al menos sin los prejuicios modernos habituales, es decir, no sólo como una vida de santo más, hiperbólica y piadosa. «La lectura de las *Fioretti* –anotó Julien Green en su diario el 25 de noviembre de 1934– me hace olvidar el mundo de hoy y el negro futuro.» Green escribió también, como Chesterton, casi al final de su vida, una biografía del santo (*Hermano Francisco*, 1983); al parecer, trabajó en ella durante veinte años. Y, como el escritor británico, también él era un converso. (Esto último es una curiosidad que me llama la atención y que no

me resisto a apuntar, aunque no sé qué más podría decir sobre ella.)

Después de dejar las maletas en el hotel Umbra, hemos ido a la catedral, así que hemos tenido que subir a lo más alto de la ciudad. Las obras de este templo se iniciaron en 1140 y no fueron terminadas definitivamente hasta 1253, lo que quiere decir que san Francisco lo conoció siempre en construcción. Dos iglesias anteriores, dedicadas igualmente a san Rufino, se encontraban en el mismo lugar. En la nave central se conserva la pila bautismal de granito en la que se bautizó a san Francisco y santa Clara, en los años 1181 y 1194 respectivamente. También Federico II de Hohenstaufen, futuro y extravagante rey de Sicilia y Jerusalén, emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, fue bautizado en este mismo lugar, en 1194. En Asís, en Rocca Maggiore, castillo propiedad de su familia, vivió sus primeros cuatro o cinco años. Puede que algún día de aquellos de finales del siglo XII se pusiera a jugar con Clara, que tenía su misma edad, en esta espaciosa y bonita plaza de la Catedral, en una de cuyas casas, por cierto, ella había nacido y residía. Y lo que es seguro es que Francisco, que por entonces era ya un espabilado adolescente, pudo observarlo en más de una ocasión con la curiosidad que debía de provocar la figura de un niño que, a los dos años, ya había sido elegido rey de los romanos, el primero de una serie de títulos y dignidades que irían llegando con el tiempo. A muchas personas,

a mí entre ellas, les gustan estas coincidencias; la razón no la podría explicar, no la conozco: sólo sé que imaginar por un instante aquí, en la plaza de la Catedral de San Rufino, a Federico II, a santa Clara y a san Francisco, a la misma hora, tal vez a la salida de misa de algún día festivo, ignorando cada cual su imponente destino histórico, me conmueve y me hace sentir bien, como si de pronto se hubiera hecho visible —sólo durante unos segundos y, por tanto, de manera muy limitada para una comprensión completa— uno de los muchos hilos ocultos que parecen coser el orden secreto del mundo. Y, también, por un momento, se me antoja incluso lo más importante que pudo haber ocurrido aquí, en esta plaza, sin pretender menospreciar, claro está, ni la bella arquitectura románica ni las venerables reliquias de san Rufino, mártir del siglo III. Se cuenta que Federico II, siendo ya rey de Sicilia y emperador, uno de los hombres más relevantes y controvertidos de su tiempo, digno de los numerosos libros que después se han escrito sobre él, quiso conocer a san Francisco, pues entre tanto la fama de éste había llegado también al sur de Italia. El encuentro nunca se celebró, aunque bien podría decirse que estuvieron muy cerca el uno del otro por mediación de otros cuatro peculiares personajes con los que ambos tuvieron, de diferente manera, pero con parecida intensidad, alguna clase de lazo: el abad y profeta Joaquín de Fiore, el sultán de Egipto y Siria al-Kamil Muhammad al-Malik, el papa Gregorio IX y fray Elías de Cortona.